

## Capítulo CXLIX.

Entusiasta recibimiento que tuvo Cortés en Castilleja de la Cuesta.

Apenas circuló en Castilleja de la Cuesta la noticia de que se hallaba allí el conquistador de Méjico, todos á porfía quisieron rendirle el homenaje de su admiración.

Todas las avenidas que conducian á la morada de Botello se veian ocupados por la muchedumbre.

Hombres, niños y mujeres, luciendo sus mejores galas, corrian presurosos á conocer á aquel hombre, que con su genio y su valor se habia hecho célebre en todos los ámbitos de la monarquía.

—Dicen,—exclamaba una vieja,—que es todo un buen mozo.

—Lo habrá sido; pero ya los años han encorvado su cuerpo.

—Decid más bien que los trabajos que ha sufrido, las penalidades que ha arrostrado, son los que antes de tiempo han marcado en su rostro las huellas de la vejez.

—No serán tantos los trabajos que habrá pasado,—exclamó un aldeano, envidioso por naturaleza;— más habré pasado yo, que algunos dias no he tenido ni un bocado de pan que llevar á la boca. Cortés al fin y al cabo, como jefe de la expedición, llevaria buena soldada, y donde hay dinero nada falta.

—Calla, mentecato.

—A mí nadie me insulta.

—¡Silencio!

—Calle el envidioso.

—Si no mirara...

—¿Qué harías?...

La llegada de un nuevo personaje puso fin á este acalorado diálogo.

—Vamos, vamos; calma, hijos míos,—dijo un fraile jerónimo que por por allí pasaba.

—Es que yo no consiento que nadie me insulte.

—¿Pero qué es ello?

—Una cosa muy sencilla. Figuraos, padre, que estábamos hablando de la llegada de Hernan Cortés, y al oír yo que habia pasado muchos trabajos el conquistador de Méjico, he dicho que tal vez yo los habría pasado mayores.

—¿Y por motivo tan fútil ibais á ir ya á las manos?

—Es que me han llamado mentecato.

—Pero no dice por qué.

—Nunca hay razon para motejar á nadie.

—Pero cuando se oyen cosas que ofenden, que tienden á desvirtuar los hechos más héroicos, hace falta la paciencia de un santo para dejarlas pasar sin correctivo.

—Figuraos que ese imbécil...—añadió otro.

—¿Volvemos á las andadas?

—Luego direis que soy yo discolo...

—Figuraos que Perico ha dicho que, llevando dinero, nada podia faltar á Hernan Cortés.

—Ese es un error.

—Pues claro.

—Ya se lo decíamos nosotros.

—Primeramente, no sirve tener dinero para conseguirlo todo. Puede uno hallarse en parajes despo- blados con completa carencia de víveres, y entonces se vé lo despreciable que es eso que se llama precio- so metal.

—¿Lo estás viendo?

Perico nada contestó.

—El verse lejos de la patria es tambien un moti- vo constante de tristeza.

—Eso que me lo pregunten á mí, que estuve en las guerras de Flandes. Nadie puede figurarse lo que es verse separado de la tierra en que nació, lejos de su familia, de sus amigos...

—Añadid á esto las luchas en que se ha visto em- peñado, los desengaños que ha sufrido al ver que en los momentos más críticos le abandonaban ó le ha-

ci an traicion aquellos en que él tenia más confianza, y comprendereis que ha sufrido muchísimo, y que no es extraño que la nieve blanquee su cabeza; que el trabajo corporal, las privaciones dejan hondas hue- llas, mucho mayores las producen las amarguras, las tribulaciones del alma.

—Yo he oido decir á Correa, ya sabeis, el hijo del tio Lucas, que sirvió en las Indias á las órdenes de Cortés, que á veces se pasaban los cuatro y los cinco dias sin catar gracia de Dios.

—Y las muchas veces que no encontraban otra cosa que comer sino yerba.

—En verdad que el caudillo se alegrará mucho de ver á Correa.

—Yo lo creo.

—Dice que él fué quien le salvó en una ocasion en que se hallaba rodeado por más de cien indios, y á tajos y mandobles no dejó uno vivo.

—Lo que es eso, que se lo cuente á su abuela.

—Pues yo he oido á Botello que no hubo seme- jante cosa.

—A cualquiera se le ocurre que eso es invencion suya.

—No hay que fiarse tampoco de lo que dice el astrológo. Le tiene mucha rabia porque no cree en su ciencia.

—Pues yo creo á puño cerrado lo que dice Bote- llo. No creais que los indios son tan flojos como su- poneis. Su estatura es colosal y sus fuerzas son her- cúleas.

—No digas disparates. Si así fuese, ¿les hubiera dominado tan presto Hernan Cortés siendo infinitamente menor el número de sus soldados?

—Poco discurre cuando dices eso.

—¿Por qué?

—Porque la victoria no se consigue ni por el número de soldados, ni por que estos sean muy valerosos. Se obtiene por las ventajas que proporciona la buena organización de un ejército, por la pericia de sus jefes y por otras mil circunstancias.

—Y por la intervención divina, que siempre se ha puesto de parte del ilustre Hernan Cortés,—exclamó el reverendo, amostazándose al ver que aquellos hombres querían atribuir á efectos puramente terrenales lo que principalmente se debía á la Providencia.

—Pero ahora que recuerdo, Correa no ha venido ni hoy se le ha visto por ninguna parte.

—Como nos ha contado tantas hazañas que llevó á cabo, y probablemente serán pura invención suya, no querrá verse desmentido en presencia de todos.

Cuando divisaron la casa de Botello, prurupieron en entusiastas aclamaciones.

—¡Viva el ilustre Hernan Cortés!

—¡Viva el valeroso caudillo!

—Llor al que con su genio ha aumentado el territorio de la corona de Castilla.

—¡Viva el que, guiado por la fé, ha propagado el cristianismo en tan lejanas tierras!

Los vitores se sucedían cada vez más entusiastas.

Los hombres tiraban al alto los sombreros.

Las mujeres agitaban los pañuelos.

Los ancianos derramaban lágrimas de alegría.

Aquella manifestación popular tenía mucho de solemne, de grandiosa, de sublime.

Cuando las aclamaciones llegaron á oídos de Cortés, su júbilo fué inmenso.

Aquellos aldeanos le indemnizaban con su expansión de los muchos disgustos que laceraban su alma.

Saliendo de la casa acompañado de Botello, dirigió una alocución á aquellas honradas gentes, refiriéndoles á grandes rasgos la historia de sus descubrimientos, teniendo la generosidad de ocultar la ingratitud de que era objeto por parte del monarca, porque temía provocar un conflicto.

Nutridos aplausos interrumpían su discurso.

Fray Melgarejo y Luciano, que al oír los vitores de la muchedumbre, habían acudido á reunirse con Hernan Cortés, también fueron objeto de cariñosos plácemes.

Hasta hora muy avanzada de la noche se vió visitada por los vecinos del pueblo la morada de Botello.

Las personas más notables de la población acudieron á felicitarle, y también todos los frailes de un convento de Jerónimos establecido en el pueblo.

El prior, anciano é imposibilitado, no pudo asistir, y manifestó grandes deseos de verle.

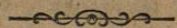
Hernan Cortés fué, pues, al convento, y tanto en

la carrera que atravesó como dentro del convento, fué objeto de nuevas y cariñosas demostraciones.

La comunidad le obsequió con un riquísimo chocolate, diciéndole que á él debían tan suculento manjar, y entre sorbo y sorbo oyeron de labios del caudillo, no sólo la relacion de sus hechos más gloriosos, sino lo que él estimaba en mucho más, los prosélitos que, por su iniciativa y auxiliado poderosamente por los padres misioneros, habia hallado en las Indias la única verdadera de todas las religiones, la que tiene más adeptos, la que nada ni nadie eclipsará su brillo, la religion del Crucificado, la religion cristiana.

Botello, fiel servidor del caudillo, habia aprovechado su breve ausencia en proporcionarle una casa con mayores comodidades que la suya.

Cuando regresó el caudillo de ver al prior, fué conducido á la nueva habitacion que se le tenia preparada en la calle Mayor, número 66.




---

## Capitulo CL.

---

Desfallecimiento.

Las contrarias emociones que produjeron al ilustre Cortés, la ovacion de que era objeto, y la noticia de la pérdida de su pleito, minaron fatalmente su salud, harto delicada.

Dos horas poco más haria que se hallaba instalado en su casa, y notándose muy mal, llamó á su hijo.

—Luciano, mi querido Luciano, —exclamó, —no sé lo que tengo; pero la verdad es que temo que se acerque mi última hora.

—No digais eso: felizmente vuestro estado ofrece ese peligro que suponeis.

—Te engañas al decir eso, y quieres engañarme á mí tambien. ¡Ah! Si no fuera por tí, por t<sup>her-</sup>